

# Latitud de la flor y el granizo

**Mario Payeras**



Joan Boldó i Climent, Editores



Ana Lorena Carrillo\*

TIEMPO, ESPACIO E HISTORIA  
EN *LATITUD DE LA FLOR Y EL GRANIZO*  
DE MARIO PAYERAS

**Resumen**

Este estudio analiza el ensayo *Latitud de la flor y el granizo* del escritor, filósofo y dirigente político guatemalteco Mario Payeras. Se plantea como hipótesis la relación entre el carácter y lugar de la voz narrativa y las estrategias del relato, con el significado de la descripción del espacio y la temporalización de la historia americana que el texto propone. En dichas relaciones estarían expresados los problemas históricos y culturales de Guatemala, el tema identidad/alteridad, el de los vínculos entre el saber culto y el saber popular y, de modo más general en la estructura misma del ensayo, una propuesta epistemológica arraigada en los principios de la dialéctica y del concepto de totalidad para aprehender el mundo.

TIME, SPACE, AND HISTORY

IN *LATITUD DE LA FLOR Y EL GRANIZO* BY MARIO PAYERAS

**Abstract**

This study examines the essay *Latitud de la flor y el granizo* by Mario Payeras, Guatemalan writer, philosopher, and political leader. It is hypothesized that a relationship exists in the essay between character, place, and narrative strategy, one in which the text privileges the description of space and the temporalization of New World history. This relationship expresses (1) the historical and cultural problems of Guatemala; (2) the theme of identity and alterity; (3) the links between scholarly knowledge and popular knowledge; and (4) a general epistemological proposition rooted in dialectical principles and a concept of totality by which to understand the world.

---

\* Ana Lorena Carrillo (guatemalteca) es historiadora por la Universidad de San Carlos de Guatemala y tiene un doctorado en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es profesora-investigadora del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Su dirección de correo electrónico es [lorencarr@yahoo.com](mailto:lorencarr@yahoo.com)

La obra de Mario Payeras que aquí comentamos se publicó en 1988 en la ciudad de México<sup>1</sup> y se reeditó en 1993 en Chiapas, junto a otros escritos sobre el medio ambiente,<sup>2</sup> así como en El Salvador.<sup>3</sup> En Guatemala se publicó la cuarta edición en 1997 y la quinta en 2001.<sup>4</sup> Se trata de un ensayo cuyo título da cuenta de su doble registro científico y poético y en el que espacio y tiempo son ejes de articulación. La obra de Payeras aún no cuenta con evaluaciones críticas suficientes. En una búsqueda bibliográfica solamente pudo encontrarse un texto de Arturo Arias relativo a otro de sus ensayos, *Los fusiles de octubre*,<sup>5</sup> así como —del mismo autor— un acercamiento a su trayectoria como intelectual revolucionario.<sup>6</sup> Desde otra perspectiva, el historiador Julio Pinto Soria aborda a Payeras como político e ideólogo de la revolución guatemalteca en un estudio sobre la situación política y el clima ideológico en la segunda mitad del siglo XX, que lo lleva a plantear “paralelismos” entre las vidas de Ernesto “Che” Guevara y Payeras.<sup>7</sup> Sin embargo, en el mismo número de la revista en que figura el ensayo de Pinto Soria, aparece un escrito del propio Payeras del que pueden rescatarse pistas que ayudan a rastrear aspectos de la configuración artística y de la propuesta epistemológica de *Latitud de la flor y el granizo*, que no son evidentes en la primera lectura.<sup>8</sup> Aunque relativo a la vida y obra de Miguel Ángel

<sup>1</sup> Mario Payeras, *Latitud de la flor y el granizo* (México: Joan Boldó i Climent, 1988). Todas las citas corresponden a esta edición.

<sup>2</sup> Mario Payeras, *Latitud de la flor y el granizo y otros escritos sobre el medio ambiente mesoamericano* (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Consejo Estatal de Fomento a la Investigación y Difusión de la Cultura, Instituto Chiapaneco de Cultura, 1993).

<sup>3</sup> Mario Payeras, “Latitud de la flor y el granizo”, en Jaime Barba, compilador, *Nuestro futuro: desafíos ambientales* (El Salvador: Istmo Editores, 1993).

<sup>4</sup> Mario Payeras, *Latitud de la flor y el granizo* (Guatemala: Editorial Piedra Santa, 1997 y 2001)

<sup>5</sup> Arturo Arias, *Gestos ceremoniales* (Guatemala: Artemis Edinter, 1998).

<sup>6</sup> Arturo Arias, *La identidad de la palabra* (Guatemala: Artemis Edinter, 1998), págs. 209–232.

<sup>7</sup> Julio Pinto Soria, “Orígenes y destino de las revoluciones latinoamericanas: Ernesto “Che” Guevara, Mario Payeras y Guatemala”, en *Mesoamérica* 38 (diciembre de 1999), págs. 102–133.

<sup>8</sup> Mario Payeras, “Laberinto del tiempo y la memoria”, en *Mesoamérica* 38 (diciembre de 1999), págs. 134–140. Este ensayo crítico sobre Miguel Ángel Asturias también apa-

Asturias, este ensayo esclarece acerca de su forma de ver el mundo y de aprehender la realidad mediante la escritura. Particularmente interesante resulta su referencia al “mundo bifurcado” en que “la patria del concepto”, es decir, el lugar de la palabra canónica, está en “otra” parte. Payeras escribe:

Para el joven poeta [Asturias], sin embargo, el mundo es todavía un hecho bifurcado. La realidad, reciente, reclama la narración de su acontecimiento; más la palabra precisa, el discurso capaz de aferrarse a las cosas, de extraerlas del tiempo y hacerlas inteligibles, está en otra latitud, en la patria del concepto; está en el Viejo Mundo, en París, capital del espíritu por entonces. Se puede, probablemente, diagramar la realidad con escalas de flor y coordenadas de pájaro, pero no se la recrea sino gracias al concepto.<sup>9</sup>

Este parece ser también el dilema central en *Latitud de la flor y el granizo* si se lee el texto como territorio de lógicas en pugna: un dilema enraizado en tradiciones intelectuales que oponen “realidad” y “ficción” o que —como es el caso latinoamericano— problematizan lo propio a partir de lo que los escritores europeos dicen y a partir de situar “allá”, inalcanzables, las claves de su comprensión. En el texto de Payeras, la “bifurcación” que “todavía” limitaba a Asturias la posibilidad de narrar “la realidad reciente” quiere ser superada mediante la articulación del discurso científico (“la palabra precisa”) y el poético (“escalas de flor y coordenadas de pájaro”), a partir de la apropiación y resignificación de tradiciones intelectuales europeas y americanas, así como con la proposición de una idea de la filosofía y de la historia que articula teoría y praxis, pasado y presente, historia y ficción. Así también, con el establecimiento de un principio ético y político que retoma la idea del equilibrio entre naturaleza y cultura, que no rechaza la modernidad pero sí su fundamento en la lógica capitalista.<sup>10</sup>

*Latitud de la flor y el granizo* consta de tres partes que están unidas por los temas del tiempo y el espacio bajo la forma de ensayo que, si bien se refiere a Guatemala, puede ser igualmente considerado en muchas de sus partes con una

---

rece en la edición de varios de los textos del autor bajo el nombre de *Fragmento sobre poesía, las ballenas y la música* (Guatemala: Artemis Edinter, 2000).

<sup>9</sup> Payeras, “Laberinto del tiempo y la memoria”, pág. 136.

<sup>10</sup> Las ideas del autor respecto a estos temas se encuentran dispersas en sus ensayos, testimonios y entrevistas. Sin embargo, una síntesis de ellas está expuesta en los textos “Filosofía y naturaleza”, “Moby Dick: poesía y filosofía” y en la entrevista “Mario Payeras: literatura y revolución”, de Claudio Albertani; todos en la compilación antes referida, *Fragmento sobre poesía, las ballenas y la música*, págs. 77–90; 101–113 y 125–136, respectivamente.

perspectiva universal. Hacemos comentarios a cada uno de los capítulos por separado usando los títulos del propio autor, aunque sumando nuevos que aluden a conceptos de temporalidad. La estructura tripartita del texto en apariencia parece responder al principio dialéctico de la tesis-antítesis-síntesis en correspondencia con la formación filosófica del autor, pero la duda se abre al percibir sesgos que subvierten deliberadamente el concepto hegeliano de la dialéctica. Estos se detectan cuando se observa que la organización formal del texto revela, en última instancia —como se verá—, el concepto de “totalidad concreta” que propone el autor. Un concepto que no acaba con la síntesis concluyente y conciliadora, sino a través de la interacción compleja de perspectivas. En términos de la lectura, podría decirse que esa interacción abarca a la del universo textual con el extratextual. Es decir, el modo en que el texto trata las relaciones entre lo que Paul Ricoeur llamó el “mundo del texto” y el “mundo del lector”.<sup>11</sup> Según Ricoeur la operación de lectura se establece en tres momentos: el del despliegue del autor y su estrategia de persuasión; el de la prescripción de lectura que éste propone al lector “constriniéndolo” y “liberándolo” a la vez; y finalmente, el de la relación de sinergia entre la obra y el lector.<sup>12</sup> Tales momentos —proponemos aquí— pueden establecerse en las correspondientes tres partes en que se divide el texto de Payeras y sugerir a la vez los tres momentos del proceso dialéctico de la siguiente manera: en el primer apartado, el autor implicado pretende fundir al lector en su perspectiva en términos de *identidad*; en el segundo, el texto y la voz enunciativa reconocen la *alteridad* del lector por el hecho de que el sujeto de la enunciación se distancia de él, “sale” del mundo narrado y lo deja en libertad de elegir opciones; y en el tercero, el texto y el narrador retoman el nexo con lector en una relación que deja lugar a un proyecto de fusión de expectativas entre ambos polos. De este modo, el texto, a partir de su propia estructura formal propone un punto de vista sobre el mundo y, llevando hasta sus últimas consecuencias la idea de una “totalidad” dialéctica, incorpora en ella a la lectura y al propio lector; es decir, incorpora en el mundo del texto al mundo del lector y viceversa, expandiendo así al máximo dicho

---

<sup>11</sup> Paul Ricoeur, en *Tiempo y Narración*, 3 tomos (México: Siglo XXI, 1995–1996), utiliza la fórmula de “lo Mismo, lo Otro y lo Análogo” como momentos de su teoría de la representancia, la cual se refiere al problema de la relación que guardan las construcciones del historiador con el pasado. Sin embargo, la retoma para su reflexión sobre la lectura y la teoría de la recepción. Véase Paul Ricoeur, “Mundo del texto y mundo del lector”, en Françoise Perus, compiladora, *Historia y Literatura* (México: Instituto Mora, 1994), págs. 222–261; y Luis Vergara Anderson, *La producción textual del pasado: Paul Ricoeur y su teoría de la historia anterior a La Memoria, La Historia, El Olvido* (México: Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, 2004), págs. 117 y 138.

<sup>12</sup> Ricoeur, “Mundo del texto y mundo del lector”, pág. 258.

concepto. Al reconocer la alteridad del lector, el texto plantea su carácter “abierto” y no cerrado y concluyente, admitiendo la “negociación” entre uno y otro “mundo”.<sup>13</sup>

De esta forma el texto es fiel a la opción de Payeras por los principios dialécticos de Theodor W. Adorno, los cuales prefieren enfatizar el potencial crítico (o negativo) de la dialéctica y rechazar la dialéctica en cuanto sistema y en cuanto síntesis y conciliación.<sup>14</sup> Además, es clara su filiación con el principio crítico de Adorno sobre el sentido de “progreso” en la historia y de los peligros que ello entraña.<sup>15</sup> Adorno es entonces referencia intelectual de primera magnitud en el pensamiento de Payeras y parte fundamental de las coordenadas en que se inscribe *Latitud de la flor y el granizo*.<sup>16</sup>

La lectura que aquí se hace parte de un punto de vista situado en los azarosos campos de intersección de la filosofía de la historia y la teoría literaria, así como en el de la reflexión sobre las operaciones hermenéuticas que se realizan con los textos en ambos campos, asumiendo los riesgos que ello implica, aunque con la confianza de que, al mismo tiempo, ésta forma parte de una larga búsqueda colectiva anterior empeñada en el esfuerzo de pensar las relaciones entre las disciplinas histórica y literaria.<sup>17</sup>

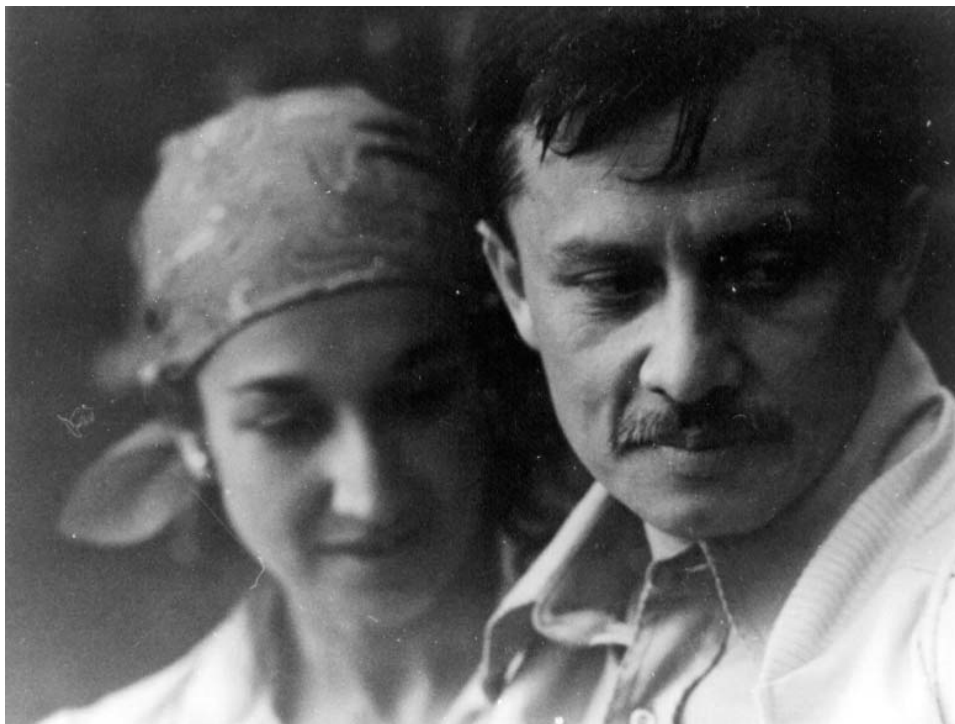
<sup>13</sup> Theodor W. Adorno plantea que “[l]a dialéctica es una lucha contra el dominio de lo idéntico, es la rebelión de los particulares contra lo malo universal” y afirma que la tarea de la dialéctica negativa es “sacudir las falsas seguridades de los sistemas filosóficos, poniendo de manifiesto lo no-idéntico que reprimen y prestando atención a lo individual y diferente que dejan a un lado”. Véase Giovanni Reale y Darío Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y crítico*, Tomo III, *Del romanticismo hasta hoy* (Barcelona: Herder, 1992), págs. 739–740.

<sup>14</sup> Adorno opta por el Hegel “dialéctico” contrapuesto al Hegel “sistemático” y se declara “contra la dialéctica de la síntesis y la conciliación”. Véase Reale y Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, III, pág. 739.

<sup>15</sup> Johannes Rohbeck, “Tres posturas de la filosofía en torno al ‘progreso’”, en Silvia Pappé, coordinadora, *La modernidad en el debate de la historiografía alemana* (México: Universidad Autónoma Metropolitana y Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2004), pág. 87.

<sup>16</sup> Tanto en “Filosofía y naturaleza” como en la entrevista de Albertani realizada en 1993, Payeras refiere a las posturas críticas de Adorno en torno al cientificismo de Karl Popper y en torno al marxismo a través de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt.

<sup>17</sup> En los derroteros de dicha búsqueda han coincidido desde el siglo pasado filósofos, historiadores, literatos y críticos, tanto europeos como americanos. Mi encuentro con ellos y con su actualización surge de los Seminarios con Françoise Perus en la Universidad Nacio-



Mario Payeras y su compañera Yolanda Colom  
en los alrededores de la Ciudad de Guatemala, en 1981

Cortesía de Yolanda Colom

nal Autónoma de México. La perspectiva latinoamericanista en que quiere insertarse este trabajo se benefició en particular de la lectura de sus textos: “Heterogeneidad cultural e historia en los *Siete ensayos* de José Carlos Mariátegui (De Sarmiento a Mariátegui)”, edición de homenaje a José Carlos Mariátegui, en *Cuadernos Americanos* 48 (noviembre–diciembre de 1994), págs. 110–118; *De selvas y selváticos: ficción autobiográfica y poética narrativa en Jorge Isaacs y José Eustacio Rivera* (Colombia: Editorial Plaza y Janés y Departamento de Literatura, Universidad Nacional de Colombia y Universidad de Los Andes, 1998), además de la compilación señalada en la nota 11 y de otros textos de la variada y fructífera producción reciente de la crítica literaria latinoamericana. Se benefició también de la lectura de las reflexiones sobre semántica del tiempo histórico de Reinhart Koselleck, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993), de los textos de y sobre Paul Ricoeur ya mencionados en la nota 11, así como de algunos de los trabajos de Mijail Bajtín.

En otro orden de ideas, es importante referir al uso que aquí se hace de la palabra “indio” e “indígena”, dado que explícitamente se me ha señalado este punto en el sentido de que el término “indio” que uso resulta “lesivo” y políticamente incorrecto, instándome a que lo sustituya por el más “políticamente correcto” de “maya” para “evitar herir las susceptibilidades de la población de dicho origen”, salvo cuando el uso del término “indio” fuera “imprescindible por razones de precisión cognitiva”.<sup>18</sup> Afortunadamente, la salvedad señalada da pie a mi explicación sobre este punto. En efecto, el uso que hago del término “indio” es deliberado y su carácter “lesivo” no debe verse como una lesión que yo infrinjo, sino como la que infringían e infringen quienes, desde el régimen colonial hasta hoy, lo utilizan en contextos cuya precisión cognitiva se dirige expresamente a *reconocer y apropiarse* dicho carácter. Desde los estudios de Mijail Bajtín sobre la “bivocalidad” se sabe que en la palabra novelesca resuenan dos “voces”. La una corresponde a la intención directa del personaje y la otra a la intención refractada del autor. Aunque la bivocalidad de la palabra alcanza su mayor desarrollo y productividad en la prosa novelesca, esta palabra dialogística tiene también cabida en otros ámbitos y es definida por su cualidad de concentrar “un diálogo potencial, no desarrollado, el diálogo concentrado de dos voces, de dos concepciones del mundo, de dos lenguajes”.<sup>19</sup> Pero más aún, Bajtín subraya que la palabra bivocal en la novela no tiene otro origen que el lenguaje vivo y real, es decir el de la vida y la calle, y que hay en éste “tonos sociales secundarios que generan el timbre de las palabras” y que todo ello deriva de la formación histórica del lenguaje que se fragua en el antagonismo social.<sup>20</sup> Por esa razón, en un texto reciente escrito por mujeres mayas a propósito justamente de la autoidentificación orgullosa de la identidad étnica, se dice lo siguiente: “En ese sentido los negros en Estados Unidos y los sudafricanos nos dieron una lección histórica que hay que aprender cuando dicen ¡yo soy negro y qué! A nosotras nos falta el orgullo de decir ¡Yo soy Maya y qué!”<sup>21</sup> Es de advertir que el texto no recurre al más “políticamente correcto” término de “afroamericanos”,

<sup>18</sup> Los señalamientos forman parte del dictamen que sobre este trabajo emitió un lector anónimo especializado.

<sup>19</sup> Mijail Bajtín, “La palabra en la novela”, en *Teoría y estética de la novela* (Madrid: Altea-Taurus-Alfaguara, 1989), pág. 142.

<sup>20</sup> En un párrafo contundente, señala Bajtín: “[L]a prosa toma de esa lucha y ese antagonismo la palabra todavía caliente, todavía no determinada, desgarrada por entonaciones y acentos contrarios, y, así como es, la subordina a la unidad dinámica de su estilo”. Bajtín, “La palabra en la novela”, pág. 148.

<sup>21</sup> Grupo de Mujeres Mayas, *La palabra y el sentir de las mujeres mayas de Kaqla* (Guatemala: Grupo de Mujeres Mayas Kaqla, 2004), pág. 30.



sino que usa el “¿lesivo?” de “negros”.<sup>22</sup> Si se acepta la bivocalidad de dicha palabra, puede comprenderse que su uso por las mujeres mayas que escriben no supone la *apropiación* del contenido opresor y lesivo sino su distancia de él y su puesta en perspectiva histórica. Por otra parte, la frase final refiere sintomáticamente a la “falta” o ausencia de esa autoidentificación orgullosa de las autoras, usando dos elementos que podrían estar desempeñando una función “sustituta” en relación con esa “falta”: el término “políticamente correcto” de “maya”, que no tiene correspondencia con “negro”, y las mayúsculas que no aparecen en la frase, cuando es “dicha” por ellos. El uso de este ejemplo es, por supuesto, deliberado. Lo he escogido porque me permite poner en evidencia las contradicciones en las distintas lecturas que se hacen en torno al uso de unos u otros vocablos en contextos diferentes, pero sobretudo porque ilustra sobre las debilidades de la escritura y la lectura orientadas por criterios de corrección política más que por la historicidad y complejidad intrínseca del lenguaje. En las ocasiones en que uso la palabra “indio” su sentido debe quedar asociado en la mayoría de las ocasiones a contextos cuya precisión cognitiva se dirige a subrayar paródica o “distanciadamente” su carácter y/o raigambre colonial, o bien su uso desde la perspectiva del descubridor o conquistador europeo. En todos los casos el contexto modula y provee el sentido cabal al término y al enunciado entero en que éste se encuentra. El término “indígena” se usó en la mayoría de los casos cuando no se deseó densificar y sobrecargar de contenido histórico al sustantivo. Por lo demás, el texto de Payeras que analizo, que —como todos los del autor— calibra cada palabra antes de usarla, acude en múltiples ocasiones al término “indio”, junto al de “indígena” y “aborigen”, y me parecería empobrecer el análisis de la obra y equivocar la apreciación del autor concluir simplistamente de ello que Payeras era un racista solapado que hería los sentimientos de la población de ese origen. En su uso frecuente del término “indio” hay evidentemente ecos de la voz de los cronistas a los que el contexto pide aludir, y también hay una instrumentación subversiva de la historia en él condensada. Aunque en el texto se trata de un uso abierto de lo político de la bivocalidad, lo político de

<sup>22</sup> Cuando este trabajo ya estaba escrito, se suscitó en México el publicitado episodio en el que el presidente Vicente Fox, en un discurso frente a inversionistas norteamericanos y en defensa de los trabajadores mexicanos inmigrantes en Estados Unidos, refirió que éstos están en tan malas condiciones que realizan trabajos que “ni siquiera los negros” quieren hacer. Muchas de las críticas que tal hecho propició enfatizaron en el término “negros”, señalando que el presidente debió haber usado el de “afroamericanos”, sin advertir que el vocablo tenía en dicho discurso un contenido racista otorgado fundamentalmente por el contexto lingüístico en que se enmarca, el cual cognitivamente destaca el contenido histórico y social de degradación que se le imantó a la palabra desde la esclavitud y que es evocado en el uso que hacen de él los sectores más conservadores de Estados Unidos y los que lo usan del mismo modo que ellos.

Payeras no se encuentra obviamente en este punto, sino en el potencial crítico de su obra, la cual realiza una relectura e integración de saberes disímiles en la que propone la defensa de la razón, la ciencia, la filosofía y la poesía, articulándolas indisolublemente a la práctica, a la naturaleza y la vida social como única forma posible de intervención humana en el diseño y construcción de su propio futuro.

### LA GEOGRAFÍA DEL POLEN (EL PASADO *TODAVÍA* EN EL FUTURO)

Antes de iniciar el texto propiamente dicho, la aparición de una nota al pie de página cuyo número aparece junto al título del capítulo deja claro de entrada al menos dos cosas: la primera es que la misma desvía al lector de su intención inicial de encontrarse con el texto y la voz del narrador “principal”, y se le lleva sin mediación a “otro” texto.<sup>23</sup> Con ello se plantea desde el inicio la existencia de lo que podría entenderse como una “segunda voz” del narrador o un narrador segundo. La palabra le es arrebatada al primero por esta voz secundaria, que también es voz narrativa aunque claramente diferenciada de la primera. Antes de que cualquier otro problema sea planteado en el texto, surge entonces el de la situación de la voz o las voces de la enunciación.

La segunda es que la nota al pie funciona como “el mapa” que en cierto sentido requiere esta “geografía”, proponiendo las coordenadas básicas de la obra y de este primer capítulo en particular, es decir, el articulado de relaciones existentes entre sociedad, cultura y naturaleza. Lo que el narrador llama *acontecimientos* en esa nota y en otras partes del texto no son de ningún modo hechos fortuitos o extraordinarios; más bien son tramas espacio/temporales a la vez que

---

<sup>23</sup> Dada la importancia de la nota, se transcribe aquí textualmente. “Las primeras señales de actividad cultural en el territorio que hoy ocupa Guatemala (108 889 km<sup>2</sup>) se registran hacia el año 2000 a. C. como fabricación de cerámica monocroma, piedra tallada y pulida, objetos de hueso y madera y culto a la fertilidad y a los muertos (Ruz Lhuillier). Cuatro acontecimientos peculiares del Nuevo Mundo son sus puntos cardinales: al norte, Chichén Itzá (sistema numérico con valor posicional de los signos, calendario solar, arco falso, cerámica policroma); al este, el corredor de los huracanes (el componente individual más espectacular de la máquina del tiempo terrestre, amplísimos e intensos sistemas de baja presión, compuestos por anillos concéntricos, sobre todo de cumulonimbus que giran en espiral); al sur, el archipiélago de Las Galápagos (‘...las afinidades mutuas de las especies extintas y vivas entran todas dentro de un gran sistema natural’); y al oeste, el área de migración estival de la gran mariposa monarca (especie cuyos enjambres pueden oscurecer la luz del sol, emigra en verano hacia el centro de México, posándose en los llamados ‘árboles de las mariposas’). Los primeros naranjos los plantó Bernal Díaz del Castillo, en el siglo XVI”; véase Payeras, *Latitud de la flor y el granizo*, pág. 9.

procesos. *Acontecimiento* es así, en este texto, el espacio que se describe y las relaciones que lo conforman. El concepto de *acontecimiento* (Payeras era también filósofo), parece querer dar cuenta de una *tensión dialéctica*, que es la que la obra en su conjunto propone, de *procesos y sistemas* naturales, sociales y culturales. En un segundo plano, también expresado en esta abrupta desviación hacia la nota al pie de página, la obra propone también una tensión dialéctica de géneros, formas discursivas y saberes: reflexión filosófica, ensayo científico, programa político, relato de viaje, narración historiográfica, ficción literaria, saber académico y saber popular.

En la mencionada nota, la voz narrativa no forma parte del mundo narrado. Informa desde “afuera” (tipográficamente, desde “abajo” y, en sentido cognitivo, desde “arriba”) acerca de datos precisos, acudiendo para ello a otros textos y voces. Sin embargo, la forma en que organiza estas primeras informaciones es el adelanto de una propuesta de mundo que, como ya se dijo, regirá en toda la obra. Antes de iniciar la descripción física del mundo natural, la nota al pie de página establece la primacía de la integración en una totalidad de la naturaleza, la cultura y la vida social como un presupuesto que dará sentido a las páginas del capítulo que está por iniciar. Esta visión integrada de vida social y entorno natural establecida en la nota queda así como una advertencia inicial puesto que, en las páginas siguientes, la vida social y humana en general es casi inexistente, lo que es un rasgo propio de la literatura de viajes científica.<sup>24</sup> Establecido el momento histórico y el estadio cultural del territorio que se mide en kilómetros cuadrados, se enmarca este último en cuatro puntos cardinales que son precisamente *acontecimientos*: Chichén Itzá como complejo cultural, al norte; el corredor de los huracanes como sistema atmosférico, al este; las islas Galápagos como sistema biológico, al sur; y el área de migración de la mariposa monarca, al oeste. Se crea así el *mapa* de un espacio, una geografía y una temporalidad ordenados por intersecciones alternativas. Un espacio creado como tal en el texto narrativo, con nombres correspondientes a lugares de la realidad. Un espacio ficcional establecido como “espejo” del espacio real. Junto a él una escueta frase final en la nota introduce el contraste:

Los primeros naranjos los plantó Bernal Díaz del Castillo en el siglo XVI (pág. 9).

La historiografía escondida en ese contraste preside igualmente en toda la obra: la historia del espacio que se describe no inicia con la conquista, cuyos “transplantes” o “implantes” quedan minimizados por la sobriedad de la frase y

---

<sup>24</sup> Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997), pág. 222.

por la vecindad de la misma con la prolijidad de imágenes creadas en la configuración del mapa antes señalado, en cuyo territorio aquellos tuvieron lugar. De este modo, el pasado del territorio descrito es el prehispánico que se convierte por la estructura del libro y, por su propuesta de semántica histórica, en un pasado que también es futuro. No obstante, la intromisión final del europeo a través de la frase que trae a Díaz del Castillo deja ya adelantada la huella de la mirada “imperial” sobre el espacio recién instituido.

De hecho, en el conjunto de la obra se hace una propuesta de temporalización de la historia a partir de las relaciones entre pasado (prehispánico) como tiempo/espacio de equilibrio entre el hombre y el ambiente natural; presente (desde la conquista hasta hoy) de ruptura de ese equilibrio por la vía de la violencia contra hombre y natura; y futuro, como posibilidad de recuperación —a partir de lo existente— de un equilibrio integrador. La nota al pie termina aludiendo al naranjo. El último capítulo del libro se titula “El naranjo nupcial” y es el que deja el futuro abierto. El naranjo es así señal de tiempo, de proceso, de un largo presente que se inicia con el de Díaz del Castillo y termina (o terminará) con el de Luis Cardoza y Aragón, en un futuro aún inalcanzado. El naranjo también es la señal de la tradición letrada y de la mirada que desde ahí se despliega. Una mirada y perspectiva en la que se posiciona el narrador —en medio de contradicciones.

Esta propuesta la hace a modo de síntesis inicial este narrador segundo, externo, sin emociones ni compromiso afectivo con su discurso objetivo y su lenguaje académico, en el que no obstante se filtra también la voz del saber popular. Un narrador segundo cuya premura por “hablar” sólo se explica por la necesidad de atajar desde varios “frentes” (culturas, tradiciones, lenguajes, géneros y miradas) una realidad heterogénea, y por el imperativo de establecer su autoridad enunciativa.

El narrador primero, que también tiene pretensiones científicas, pero además literarias y filosóficas (las que en el narrador segundo no son tan claras), adopta la mirada y voz de los cronistas y viajeros. Su descripción geográfica de Guatemala la hace en el presente, como si lo que describiera estuviera frente a sus ojos en el momento mismo de la enunciación. El espacio que describe es todo, menos espacio inmóvil. Contrariamente al espacio “estático y fijo” de Domingo Faustino Sarmiento, el de Payeras es sobretodo movimiento: las fronteras “caen”, la flora “bombea” el vapor de agua, Los Cuchumatanes “corren”, la tierra “tiembla”, los ríos “descienden”, los vientos “ascienden”, la floración “estalla”, “irrumpe”, el polen “viaja”. Payeras utiliza códigos humboldtianos para hacer una descripción de la naturaleza que se aleje lo más que sea posible de un seco informe científico y se intuye en la reactualización de los mismos su apelación a un cierto concepto histórico de modernidad: ciencia, industria, futuro, progreso, armonía social y natural. Un concepto del que forma parte sustancial el proyecto político de la revolución popular y sus métodos en la década de

1980 en Centroamérica. Esta “mixtura” discursiva puede apreciarse bien en el siguiente fragmento:

La subversión de la flor se registra al mismo tiempo en los cuatro puntos cardinales: suquinayes, pitos y tamborillos tiñen las estribaciones serranas en las planicies del sur y las selvas del norte, en irrupciones sigilosas que a mediados de mes cubre el horizonte. Arriba, en la región transparente, el proceso culmina con el tiempo fugaz de retamas y duraznos. A través de la energía mecánica del viento y del trabajo físico de las abejas queda establecida, para el ciclo siguiente, la nueva geografía del polen (pág. 19).

El sentido histórico se conforma a partir del uso de “señales” temporales que crean una periodización y una significación propia. El mundo anterior a la llegada de los españoles es nombrado del modo en que ellos lo hicieron: El “Nuevo Mundo” (no América, ni Mesoamérica, ni América Latina) hace énfasis en el carácter histórico inaugural del espacio americano. Es dentro de ese invento europeo del Nuevo Mundo que se formula física y conceptualmente el “mundo” de montañas, lluvias torrenciales, nieblas perpetuas, granizo, floraciones y aves, “apacible y frío” de la geografía guatemalteca.

La narración del paisaje, que además de inscribirse en la tradición del *Popol Wuh* y las crónicas de viajeros y conquistadores lo hace en la más moderna de la novela latinoamericana, retoma sin embargo la forma que el viajero y científico por antonomasia, Alexander von Humboldt, deseaba para algunas de sus descripciones:

Tengo la disparatada idea de plasmar en una sola obra todo el universo material, todo lo que sabemos sobre los fenómenos del cielo y de la tierra, desde las nebulosas estelares hasta la geografía de los musgos y las rocas de granito, con un estilo vigoroso que excitará y cautivará la sensibilidad. Paralelamente a los hechos, mi obra registrará todas las ideas importantes y valiosas. Sería como un retrato de una época de la génesis espiritual de la humanidad, del conocimiento de la naturaleza. Pero no ha de ser considerada como una descripción física de la Tierra: abarca el cielo y la tierra, la totalidad de la creación.<sup>25</sup>

En “Geografía del polen”, primer capítulo de la obra, se recoge entonces variadas formas discursivas, pero es en el texto en segundo plano de las notas al pie de página donde el lenguaje se esfuerza (sin lograrlo plenamente) por explicar e informar sin acudir a imágenes literarias. Por el contrario, en el texto

<sup>25</sup> Cita de Humboldt en Payeras, “Filosofía y naturaleza”, en *Fragmento sobre poesía, las ballenas y la música*, pág. 88.

“primero” el lenguaje científico (grados, minutos, latitudes, régimen meteorológico) es parte de un campo de representación que no se completa sino con imágenes y metáforas. Sobretudo es el texto en el que el narrador rompe abierta y constantemente con la objetividad aséptica y se introduce de lleno en el mundo narrado a través de un insistente “nuestro(a)” que se aplica al espacio descrito (“nuestro territorio”, “nuestra latitud”, “nuestra geografía”, “nuestra lejanía”, “nuestro litoral”) El “nosotros” aludido queda abierto y sin especificar, pero establece un lazo de *identidad* con el lector, al que pretende fusionar en su perspectiva y también con los otros habitantes de ese “mundo”, y posiblemente también con la humanidad toda como depositaria del patrimonio natural. Se trata de un “nosotros” que configura una identidad que en el discurso explícito se define en contrario de los que contaminan hoy, los que irrumpieron ayer y los que depredan siempre; pero que implícitamente es una identidad más problemática. Es el “nosotros” de la mirada extranjera y es el “nosotros” de los seres (fauna y flora local) con sus nombres, raíces y evolución arraigados *aquí*. En su trabajo sobre el relato de viaje —que en mucho emparenta con la narración de Payeras—, Jan Gustafsson señala esta *inversión escriturística* como característica del género y como un dispositivo que revierte los códigos y hace del “viajero” que escribe, por el sólo hecho de hacerlo, el detentador de un “nosotros” con el que se apropia de un espacio que, en rigor, le es ajeno.<sup>26</sup>

En esta primera parte aun no puede verse la totalidad de la propuesta historiográfica de la obra, aunque sus elementos están esbozados ya por lo que se ha referido hasta aquí en torno a la idea del tiempo como “larga duración” de los procesos naturales a gran escala. Un tiempo que parece “suspendido” por la lentitud de su paso y su vinculación a un espacio grande y silencioso en el que los humanos prácticamente no figuran, aunque se sobreentienden, y descrito casi siempre en presente, lo que da idea de perdurabilidad. Se trata de la instauración de un pasado magnífico e intacto que “todavía” subsiste y que puede ser recuperado en el futuro. En su dimensión simbólica este tiempo/espacio refiere a un “mundo mítico” en que podrían reconocerse ecos de Asturias:

Al noreste de Jul, municipio de Chajul, comienza el sendero que se interna en la montaña nublada y que, por filos serranos, conduce al río Copón, lugar de cazadores con cerbatana (pág. 21).

El narrador usa el contraste como un modo de evidenciar su posición y su visión del mundo. Por ejemplo, cambia de la omnisciencia en las notas al pie de página a la presencia de su propia voz dentro del mundo narrado en el texto

<sup>26</sup> Jan Gustafsson, “Allá y acá: relato de viaje e inversión escriturística”. Ponencia presentada al 50 Congreso Internacional de Americanistas en Varsovia, en julio de 2000.

central; o bien la voz narrativa alterna entre distintas voces y géneros discursivos, entre otros el científico, el literario, el de la crónica, el testimonial y el de los saberes populares y cultos: como cuando coloca en paralelo el mapa “letrado” de los primeros geógrafos que acota y ordena la realidad mediante convenciones científicas, y el mapa “oral” del pintor indígena que la plasma “en vida”. Representaciones ambas de que el narrador se vale para configurar su propia versión del país y de su historia. Sin embargo y como gran paradoja, la imagen de identidad/alteridad que se configura se funda en la que Europa ha hecho de América. El mito paradisíaco del espacio natural americano y la feliz convivencia en él entre hombres y naturaleza corresponden exactamente a la perspectiva respecto de la cual, en teoría, el narrador buscará siempre la distancia. Paraíso, utopía y Nuevo Mundo son parte de esos mitos “ajenos” y todos ellos están presentes en el texto.<sup>27</sup>

#### LA PÓLVORA Y EL VAPOR (EL PRESENTE QUE *SIEMPRE* ES PASADO)

El segundo capítulo inicia con un cambio radical en el tono. La atmósfera relativamente “exótica”, creada por el discurso del tipo crónica y relato de viaje científico en la primera parte, aquí es relegada y predomina sobretudo la narración historiográfica con imágenes realistas. Abundan las notas al pie de página, respecto de las cuales la voz narrativa del texto primero ya no se distingue de modo tajante. Sin embargo, en un traspaso más de límites, aquí de nuevo hay contraste entre discursos y se plantea cambios en la perspectiva, en la relación del narrador con el mundo narrado y los seres que lo habitan, así como con el lector. La ruptura cultural, histórica, ambiental y demográfica de la conquista se recrea en el texto mediante estas rupturas en el tono de la narración. Los lenguajes diversos que en el primer capítulo parecían más orgánicamente integrados, en éste aparecen contrastados con violencia: de la distancia objetiva del discurso historiográfico “científico” que contabiliza, al discurso mítico-literario que rememora en una vecindad que denota el conflicto:

De acuerdo a estas cifras, entre 1525 y 1650 los pueblos indios habrían quedado reducidos a poco más de 200 mil personas. Había concluido el tiempo en que miles de palomas salían de los bosques y en la memoria quedaban indelebles los días de granizo o el paso ocasional de las estrellas que echan humo (pág. 33).

<sup>27</sup> Jan Gustaffson, “Figuras de la alteridad: visiones danesas de América Latina”, en Pablo R. Cristoffanini, compilador, *Identidad y otredad en el mundo de habla hispánica* (México: Universidad de Aalborg-Universidad Nacional Autónoma de México, 1999).

El hombre está ya aquí, pero no para integrarse a aquella “realidad lluviosa” descrita en el capítulo anterior, sino para destruirla. El hombre separado de la naturaleza, como el alma del cuerpo en los inicios de la filosofía moderna, son separaciones que Payeras no comparte.<sup>28</sup> Es el inicio del tiempo fragmentado de la modernidad. Un presente demasiado largo desde la conquista hasta la actualidad, que sin embargo se estructura en tiempos cortos y velocidades de cambio sin mejora. La idea de tiempo acelerado la da la escritura a modo de *resumen* que es capaz de narrar un siglo en unos pocos renglones. La historia de la deprecación de los recursos naturales y la explotación humana, sobretodo en el siglo XX, se relata con el ritmo apresurado y caótico del “tiempo acelerado” de la modernización,<sup>29</sup> del embate humano sobre la naturaleza y la multiplicación exponencial del interés capitalista. Todo ello bajo el canon estilístico de la narración historiográfica en tiempo pasado y linealidad en el desarrollo del tiempo cronológico.

En el primer capítulo el tiempo cronológico no es importante y se salta de unas a otras épocas históricas indistintamente. Aunque abarca cinco centurias, sus señales temporales son al mismo tiempo siglos, años, meses del año, horas del día y espacios, todo a la vez: “... hasta 1949...”; “... Hasta principios de siglo...”; “... en abril, antes del horario solar...”; “... a partir de septiembre...”; “... el Nuevo Mundo...”.

En este segundo capítulo, el tiempo, como tiempo histórico del hombre y la cultura material, inaugura no sólo el capítulo mismo sino también una perspectiva diferente sobre el mundo, distanciada y crítica sobre los hechos narrados, lo que explica el cambio de tono y la desaparición inicial del “nuestro” que se sustituye por un “su” como pronombre posesivo de otros, con lo que el lazo establecido con el lector se rompe y tanto el narrador como éste quedan a distancia temporal y moral de los hechos, compartiendo un saber letrado sobre los mismos y en libertad para tomar posición. El lector se ve forzado así a definir sus propias expectativas, decidir en términos ideológicos y reafirmarse como un “otro” respecto del autor implicado. La voz narrativa vuelve con cautela a introducirse en el mundo narrado solamente hacia el final del capítulo, conforme el tiempo cronológico avanza y el espacio es ya la ciudad. Esta vuelta del narrador al texto es interesante porque aparece justo en el punto en que se crea un espacio de diferencia temporal y morfológica respecto de lo europeo y lo

<sup>28</sup> Payeras, *Fragmento sobre poesía, las ballenas y la música*.

<sup>29</sup> Reinhart Koselleck, *Futuro pasado para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993); y Paul Ricouer, “Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica”, en Françoise Perus, compiladora, *Historia y literatura* (México: Instituto Mora, 1995), págs. 70–122.



americano. Con las aparición de un tercer espacio entre lo uno y lo otro, indefinido y vagamente inferiorizado, el narrador vuelve a decir “nuestro”:

A diferencia de los centros clásicos precolombinos y de las grandes urbes europeas, en *nuestra* latitud el fenómeno urbano moderno no fue producto orgánico del desarrollo social, ni síntesis de la relación del ser humano con su medio ambiente (pág. 44, cursivas mías).

Aquí el lugar de la enunciación es nuevamente problematizado. La “civilización tecnológica” es la barbarie. Su tiempo/espacio es de “otros”. La historia de la explotación de los indios y de la destrucción de esa “realidad lluviosa” desde principios del siglo XVI hasta la actualidad es relatada como *su* historia. No solamente en el sentido de que el espacio y la historia relatada es de la de los pueblos indios, cuya perspectiva el narrador asume al mismo tiempo que se retira del mundo narrado, sino en el del distanciamiento respecto de la otra parte en la contienda: los europeos, entre los que el narrador tampoco se cuenta. A pesar de la distancia y objetividad que se pretende al hacer predominar el tono del discurso historiográfico, en este capítulo la “verdad” de los “hechos” es sabotada por *otras* voces sutiles, aunque abundantes. Además de las numerosas notas al pie de página y citas dentro del texto que refieren a diversos autores (crónicas españolas e indígenas, geógrafos e historiadores, desde la colonia hasta la actualidad), son claras las voces de otros escritores que, al igual que Payeras, han narrado desde la ficción novelesca la explotación y el agotamiento de los recursos naturales. De esta manera lo ha planteado por ejemplo Gabriel García Márquez, en cuya obra los territorios vírgenes y lejanos son espacios de resistencia y oposición a la lógica moderna del Estado y a ciertas formas rapaces/capitalistas de progreso.<sup>30</sup> El texto del segundo capítulo es, por su misma estructura en el conjunto, el más polémico. El diálogo y la polémica con otros tantos discursos sociales se expresa en la gran cantidad de referencias bibliográficas y en la también importante alusión e incorporación dentro del propio espacio textual de otras voces e imágenes que recuerdan a la ficción literaria escrita y a la tradición oral, al mismo tiempo que se contraponen discursos adversarios en la organización artística:

Sin embargo, desde la época del desmonte, el desafío para los plantadores era sacar el café hasta los puertos, a través de una naturaleza abrupta, inhóspita y lluviosa, carente de caminos carreteros. A mediados del siglo XIX, el camino del Golfo, el que conducía a México y el que llevaba al astillero de Iztapa eran rutas

<sup>30</sup> Jean Franco, *Decadencia y caída de la ciudad letrada: la literatura latinoamericana durante la guerra fría* (Barcelona: Debate, 2003), pág. 165.

de mulas. Desde la capital, los únicos tramos carreteros eran los que enlazaban con Amatitlán y Quetzaltenango; el tráfico terrestre se efectuaba en estos tramos en carretas de bueyes y en diligencias tiradas por troncos de muletería fuerte. Para equipar *Mercedes*, por ejemplo, sus propietarios importaron maquinaria de Inglaterra en 1876, siguiendo la vía Nueva York-Panamá-San José. De este puerto, en carretas de bueyes, la mercadería fue trasladada a la ciudad de Guatemala, y de la capital, por iguales medios a Quetzaltenango. Algunas piezas pesaban una tonelada. De Los Altos a la Costa Cuca, la carga se acarreó a espaldas de trabajadores indios, descendiendo por senderos escarpados y fangosos (pág. 39).

En éste que es el más extenso capítulo se incrementa el tono dramático y la intensidad narrativa del primero, no sólo a través del constante recurso al *resumen* que ya se ha señalado, el cual crea un efecto de vorágine temporal, sino también a partir de la estructura temática del mismo en que se narra el deterioro y destrucción progresiva del espacio y sus habitantes en forma de un “listado” agobiante:

Diezmada por la guerra de conquista, por la esclavitud y por el cautiverio; asolada por epidemias; desangrada por las represiones cíclicas y depauperada por el rigor del tributo, la población indígena se redujo extraordinariamente en el curso de un siglo (pág. 33).

También el espacio es objeto de un tratamiento parecido a través de la “aproximación” ficticia que el relato hace de referentes que en la realidad son lejanos, creando así no sólo un efecto de abigarramiento temporal sino también espacial, lo que no deja de ser en última instancia una forma de “globalizar” la realidad narrada a tono con el periodo histórico de expansión capitalista. Además del párrafo anteriormente citado en que una finca cafetalera del occidente guatemalteco, situada en territorios de difícil acceso es vinculada en el mismo espacio textual con México, Inglaterra y Nueva York, los nombres en idiomas extranjeros de las compañías navieras norteamericanas y alemanas o de las empresas madereras se asocian igualmente a los nombres en español de los puertos, ríos y selvas del país, o bien, en la cita de un pasaje de José Martí, en el que se quiere destacar “el cosmopolitismo huero” de la burguesía con la cercanía textual de palacios y edificaciones en Madrid, París, Nueva York y Guatemala.

Sin embargo, el recurso temporal del que más se vale este capítulo es el del *ciclo*. En distintas y repetidas ocasiones el narrador construye el universo narrado sobre la base de la estructura temporal del *ciclo*: un “perenne ciclo de primavera”, una serie de “ciclos articulados de destrucción”, un “ciclo colonial”, un “ciclo actual de destrucción” y una rebeldía india como “hecho periódico” van consolidando a lo largo de este capítulo el concepto de la historia y de la estructura misma de libro. En el final del capítulo, que coincide con el tramo final del

siglo xx, se retorna al lugar edénico del inicio, así sea para nombrar su decadencia. Se retorna también a las referencias culturales del *Popol Wuh*, a los “orígenes”. La remembranza del paraíso perdido, del “Lugar de la abundancia”, retoma también el tropo del “Nuevo Mundo”, al mismo tiempo que los de la “mañana del mundo” y de los “Formadores” y “Progenitores”. Todo ello es concebido como un “ciclo agotado” del cual la guerra de la década de 1980 sería la trascendencia a la esfera social de aquella dialéctica ambiental. La estructura circular se formaliza en la siguiente figura:

Como la sierpe enroscada que en los grifos de la cuenta larga se muerde la propia cola, la clase social que consumió el ambiente y empobreció la realidad cierra su vuelta mortífera y emprende el aniquilamiento de los productores (pág. 58).

La guerra es descrita con el mismo lenguaje narrativo que se usó para nombrar la rebelión indígena frente al conquistador en el siglo xvi, si bien señalando el carácter distinto de la tentativa actual. En el cierre, la ciencia y la industria, trastocadas ya por el “ciclo” capitalista en estadísticas de muertos y máquina de guerra, son de nuevo acercadas a una naturaleza que “vuelve”, en anuncio de lo que el capítulo final propone como recuperación del pasado en el futuro:

La cifra de los caídos no se conoce con exactitud, y es probable que nunca pueda ser establecida. Tras las campañas de exterminio de los indios de Ixcán, despojada la franja de parcelamientos por la máquina de guerra, los grupos de guerrilla que pasaron por ahí en el curso de los meses vieron cómo el jaguar, el pail y el tepezcuinte —ahuyentados hasta entonces por la colonización reciente— habían vuelto a frecuentar la selva solitaria (pág. 59).

### EL NARANJO NUPCIAL (EL FUTURO YA EN EL PRESENTE)

La estructura cíclica de la obra —propia de los relatos de viaje con los que el ensayo de Payeras tiene vínculos—<sup>31</sup> se evidencia en el tercero y último de los capítulos, que retoma en el título señales importantes: la figura del naranjo quedó establecida en la primera página, ligada al cronista Bernal Díaz del Castillo, y regresa en el título de este tercer capítulo en la frase entresacada de la otra gran “crónica” contemporánea: *Guatemala, las líneas de su mano*, de Cardoza y Aragón.<sup>32</sup>

<sup>31</sup> Gustafsson, “Allá y acá: relato de viaje e inversión escriturística”.

<sup>32</sup> Luis Cardoza y Aragón, *Guatemala, las líneas de su mano*, Colección Canción Compartida, Vol. I (Guatemala: Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos, 1997).

Entre el naranjo del cronista colonial y el de Cardoza y Aragón se desarrolla la propuesta de Payeras, asumiéndose así continuador de esta tradición literaria. De hecho el diálogo más cercano que se establece en esta obra es con la obra ya mencionada de Cardoza y Aragón. No solamente por la frase antes señalada, sino por su declarada presencia en todo el texto: “La boca del polen” es el título del capítulo inicial del libro de Cardoza y Aragón, en el cual también un “cronista” que descubre su propio país deja de lo visto, escuchado e imaginado, al tiempo que describe un “mapa” y narra un viaje. Algunos tópicos recurrentes en Payeras, quien se reconoce su discípulo, están ya en Cardoza y Aragón:

Enjambres de orquídeas, helechos, bejucos, musgos, cogollos, polen, recubren las ciudades mayas hundidas a pique. Arriba, en la superficie, el sol fulge hasta el límite del pesado oleaje del mar efervescente de resinas, monos chilladores y pájaros.<sup>33</sup>

Humboldt, el viajero científico, es citado por igual en el texto cardociano y en el de Payeras a propósito de los mismos temas. La pólvora inicia el capítulo de la conquista en Cardoza y Aragón, y las imágenes del ejército invasor se evocan mutuamente en ambos textos. Una ausencia notable en la iconografía espacial de Payeras es la de los volcanes. En la descripción de Cardoza y Aragón alcanzan estatuto de íconos nacionales; en la de Payeras casi no figuran. Puede pensarse al respecto que esta ausencia es resultado de una perspectiva desde la cual se despliega la mirada del narrador, que en Payeras oscila entre la del geógrafo que analiza un mapa y la del viajero/científico/cronista que describe lo que ve desde dentro de la montaña misma. El narrador está muchas veces fuera del espacio descrito, pero



Óleo de Luis Cardoza y Aragón  
por José Clemente Orozco

Fuente: Portada de *El río: novelas de caballería* (México: Fondo de Cultura Económica, 1986).

<sup>33</sup> Cardoza y Aragón, *Guatemala, las líneas de su mano*, pág. 18.

muchas más está dentro. Por lo demás, ese “estar dentro” o “fuera” de la montaña es no solamente una posición espacial, sino una perspectiva ideológica y una praxis política. El epígrafe completo de Cardoza y Aragón, “en el naranjo nupcial, el ceniztle cantará la verdad de la vida”, abre el capítulo y también lo cierra incorporado al texto en la últimas líneas, representando la miniaturización y cierre final del foco visual, cuya apertura máxima tuvo lugar en el macro espacio descrito en el primero de los capítulos, en concordancia con el estar “fuera” o “dentro”. Una reproducción de ese juego de la mirada que expande y contrae su foco de visión tiene lugar al final de este capítulo tercero, en que el naranjo nupcial y el ceniztle son la vuelta al espacio acotado y “minúsculo” del país después de la amplia perspectiva planetaria, y también la posible autoreferencia en torno a una “verdad” que es o será “cantada” en el futuro:

*[N]osotros, por nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro, pertenecemos a la naturaleza, nos encontramos en su seno, y todo nuestro dominio sobre ella consiste en que, a diferencia de los demás seres, somos capaces de conocer sus leyes y de aplicarlas adecuadamente.* Únicamente entonces, en el naranjo nupcial el ceniztle cantará la verdad de la vida, y Guatemala —el minúsculo espacio que por ahora nos toca transformar en la Tierra— será un fragmento del mundo sin azacuanes extintos, donde en cambio gobernemos los procesos de la flor y el ciclo del granizo (pág. 70, cursivas en el original).

Una vez más el juego de perspectivas paisajística y miniaturista que han alternado a lo largo de todas las páginas induce a situar la voz de la enunciación en lugares cambiantes que alternan entre la voz que narra desde el gabinete del “geógrafo ilustrado”, dando cuenta del espacio a través de mapas y gráficas sobre vientos y presión atmosférica, y aquella del cronista que narra desde dentro de la propia montaña lluviosa lo que ve y es capaz de describir en sus detalles: una flor, un ave. Esta vez, al final del texto, la voz elige como lugar último el naranjo, pero desde ahí, en el espacio “minúsculo”, su tarea no es por ello minimizada sino por el contrario expresada en términos de política y poder: cantar “la verdad” y “gobernar” los procesos de la flor y el granizo. De hecho, el fragmento en el que se describe la utopía deseada, los tópicos tratados en todo el texto como las floraciones, la luz solar, las lluvias, los ríos, los vientos, quedan en un párrafo breve, anudados a acciones que denotan autoridad: *organizar, regular, ordenar, generar.*

Este capítulo programático es por lo mismo el más impregnado de método y sistema. Se establecen “tareas” en tiempo de urgencia, que son “precisas”, “vitales”; se recupera el “nosotros” desde el inicio y se devela su identidad: “los que habitamos en el cinturón tropical del planeta”, “los habitantes del trópico”, “los habitantes de esta parte del globo”; pero fundamentalmente este colectivo

es “el ser humano pleno” del que el narrador se asume vocero. Se retoma el vínculo con el lector, pero bajo un supuesto menos drástico que en el primer capítulo, cuando se le quería fundir en la perspectiva del narrador “objetivo” que lleva la palabra. En este último apartado, el tono es propositivo y la apelación permanente al “nosotros”, ampliado hasta la “humanidad plena”, deja abierta la posibilidad de una “fusión de horizontes” del texto y del lector. Se le presenta a éste un programa: *reconstruir, renovar, detener, parar, desarraigar*, dirigido a un futuro que no puede ser descrito con la certeza del pasado. De ahí su tono más abierto, menos concluyente y cerrado, que parece convocar a la participación del lector, a su complicidad. La alteridad es el sujeto *otro* que emerge de la “civilización de la pólvora y el vapor”. El viejo problema latinoamericano de “ser original frente a Europa” se deja también planteado en este programa,<sup>34</sup> sumándose así Payeras a la tradición ensayística de la región, que se propone elucidar la naturaleza de “lo nuestro”. En este tenor, dibuja su *utopía*, especie de *paraíso recobrado* que, en una paradoja —al parecer característica del género y de la literatura latinoamericana—, recrea al final los mitos y la mirada de “ellos” sobre “nosotros”.

En resumen, la propuesta política y cultural, de la que puede intuirse una raíz en Rodó, Martí y Mariátegui, es asumir la perspectiva de la *civilización* prehispánica, americana. La “barbarie” está allá, en ese lugar/tiempo de “ellos”, los conquistadores que desde entonces explotan y depredan. Se trata también de periodizar con enfoque distinto, a partir de una nueva temporalización de la historia: la narración de un pasado armónico y bello del cual algo queda *todavía* que puede ser rescatado para el futuro; la narración de un presente larguísimo que se refunde así con otros pasados de oprobio que parecen alargarse en un *siempre*; la narración de un futuro cuyas claves están *ya* en aquellos núcleos de pasado remoto que sobreviven. La propuesta epistemológica es aprehender el mundo como totalidad, siguiendo la huella de filósofos y pensadores y, de modo muy cercano, el concepto de “geografía física” de Alejandro de Humboldt. Literariamente, se trata de un relato de viaje científico arraigado en la tradición intelectual alemana y en la de las crónicas americanas de la mano de una síntesis de tradiciones literarias latinoamericanas que hacen uso de la voz del letrado que es a la vez científico y político.

Aunque los valores propuestos se identifican con los intereses populares, en el plano del texto lo que predomina es la tradición culta y letrada, acentuado

<sup>34</sup> Irlemar Chiampi Cortez, “El discurso americanista de los años veinte”, en *Lectura crítica de la literatura americana: la formación de las culturas nacionales*, Vol. II, Selección, prólogo y notas de Saúl Sosnowski (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1996), págs. 715–727.

este predominio por la presencia del discurso científico, historiográfico y filosófico de raigambre europea (Marx, Hegel, Darwin, Humboldt, Bacon), pero también en la presencia del discurso de la élite culta americana: desde los sacerdotes y sabios mayas a los cronistas, ensayistas y novelistas. La voz popular y oral se escucha en cierta forma “enmarañada” entre la ciencia, la dialéctica y la política en algunos fragmentos de memoriales indígenas, en la apelación constante que hace el texto a la memoria, cuando se enumeran las especies y los lugares por sus nombres comunes y, en muchos casos, locales; en el tono general que, pese a las referencias eruditas, tiene intención divulgativa. No obstante, aún en este punto el discurso científico insiste en acosar a su contraparte en la búsqueda de un equilibrio integrador: así lo indican las últimas cuatro páginas del libro, que corresponden a un “índice biótico” que no es sino la “traducción” entre el código popular americano y el científico europeo para las 122 especies mencionadas.

En este capítulo final, al hacer una síntesis de las ideas que animan y dan sentido al conjunto, el texto amplía el diálogo a la historia a través de la obra de Severo Martínez Peláez<sup>35</sup> y a la literatura a través de Miguel Ángel Asturias, proponiendo, desde el ensayo como género elegido, una mirada de totalidad que libera el tránsito entre las sensibilidades de la historia y de la ficción para aprehender el mundo. Realizar este esfuerzo totalizante ofrece dificultades que quedan de manifiesto en la estructura de la obra —que se capta solamente al final— en tres capítulos que con cierta autonomía parecen representar, justamente, una tesis, una antítesis y una síntesis abierta, expresada en un tiempo potencial e indeterminado de verbos en infinitivo, mediante la cual se arriba a la tan ansiada totalidad compleja del mundo del que se ha querido dar cuenta.

---

<sup>35</sup> Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo: ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca* (Guatemala: Universidad de San Carlos, 1970).